

1. Eric Foner *

La historia de la libertad en el “Siglo Estadounidense”

Traducción: Mariana Katz*

ABSTRACT

Conferencia dictada por el renombrado historiador estadounidense Eric Foner en el Museo Histórico Nacional del Cabildo y de la Revolución de Mayo. Buenos Aires, Argentina. 28 de septiembre de 2018.

Lecture given by renowned American historian Eric Foner at the Cabildo and May Revolution National Historical Museum. Buenos Aires, Argentina. September 28, 2018.

* PhD. Eric Foner es un destacado historiador especializado en la Guerra Civil de Estados Unidos y la reconstrucción posterior. Recibió el premio Pulitzer de Historia y el premio Bancroft. Entre sus libros más reconocidos se encuentran *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* (1989), *The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery* (2010) y *Gateway to Freedom: The Hidden History of the Underground Railroad* (2015).

*Mariana Katz es Licenciada en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como investigadora en el Museo Histórico Nacional del Cabildo y de la Revolución de Mayo. Publicado con permiso del Dr. Foner.



Quisiera comenzar con un episodio particular en la historia de la libertad en Estados Unidos. El 16 de septiembre de 1947, en el aniversario 160 de la sanción de la Constitución de los Estados Unidos, el Tren de la Libertad se abrió al público en Filadelfia. El tren, rojo, blanco y azul, era una muestra itinerante de 133 documentos históricos, que pronto se embarcó en una gira de 16 meses que llegó a más de 300 ciudades estadounidenses. Nunca antes ni después se reunieron en un mismo lugar tantas piezas valiosas de la historia de Estados Unidos, entre ellos el Pacto de Mayflower, la Declaración de Independencia y el Discurso de Gettysburg. Después de bajar del tren, se exhortó a los visitantes a celebrar los valores estadounidenses tomando la Promesa de la Libertad y firmando un Pergamino de la Libertad.

La idea del Tren de la Libertad, quizá la campaña patriótica más elaborada en tiempo de paz en la historia de Estados Unidos, se originó en 1946 en el Departamento de Justicia. El presidente Truman la respaldó como una manera de

¹ Photo Credit: Ben Goosen.

contrastar la libertad estadounidense con "la destrucción de la libertad por la tiranía de Hitler". Sin embargo, dado que si era financiado directamente por el gobierno olería a propaganda, el proyecto fue entregado a la organización sin fines de lucro American Heritage Foundation, cuyo consejo directivo, dominado por banqueros e industriales destacados, estaba encabezado por Winthrop W. Aldrich, presidente del Chase Manhattan Bank.

El Tren de la Libertad fue un éxito enorme. Atrajo a alrededor de tres millones y medio de visitantes, y millones más participaron en las actividades que acompañaban su viaje, como foros de gestión del trabajo, programas educativos y desfiles patrióticos. Sin embargo, la trastienda del Tren de la Libertad demostró que la definición exacta de la libertad era polémica. Los funcionarios liberales de los Archivos Nacionales que propusieron la lista inicial de documentos incluyeron la Ley Wagner de 1935, que garantizaba el derecho de los trabajadores a la negociación colectiva, y el discurso de las Cuatro Libertades del presidente Roosevelt de 1941, que enumeraba como los objetos de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial las libertades de expresión y de culto, la libertad de vivir sin miedo y la libertad de vivir sin penuria, vagamente socialista. Estos documentos fueron eliminados por la American Heritage Foundation, más conservadora. También se omitieron las Enmiendas Decimocuarta y Decimoquinta a la Constitución, que habían concedido derechos civiles y políticos a los negros después de la Guerra Civil, y la orden de Roosevelt de 1941 que establecía la Comisión de Prácticas Justas de Empleo.

Al final no quedó nada en el tren referente al trabajo organizado ni a ninguna legislación social del siglo XX, y de los 133 documentos, solo quedaron tres relacionados con los negros: la Proclamación de la Emancipación, la Enmienda Decimotercera y una carta de 1776 que criticaba la esclavitud.

Los negros estadounidenses, en efecto, prácticamente no tuvieron voz en la planificación de la exposición y al comienzo muchos veían la iniciativa con escepticismo. En la víspera de la inauguración del tren, el poeta Langston Hughes expresó la esperanza de que no hubiese Leyes Jim Crow en Tren de la Libertad. "Cuando se detenga en Mississippi," se preguntaba Hughes, "¿se dejará en claro / que todo el mundo tiene derecho a subir al Tren de la Libertad?". De hecho, mientras el gobierno de Truman estaba a punto de convertir a los derechos civiles en una prioridad, los organizadores del tren anunciaron que no permitirían las visitas segregadas. Cuando las autoridades locales de Memphis y Birmingham insistieron en separar a los visitantes por raza, la American Heritage Foundation canceló las visitas a esas localidades, una decisión sin precedentes. Pero el Tren de la Libertad visitó otras cuarenta y siete ciudades del sur sin incidentes y fue celebrado en la prensa negra por romper, aunque solo fuera de manera temporaria, los muros de la segregación.

Si el Tren de la Libertad reflejaba una creciente sensación de inquietud en todo el país por las expresiones abiertas de la desigualdad racial, su viaje también reveló

el impacto de la Guerra Fría. Concebido en el contexto de la Segunda Guerra Mundial para subrayar el contraste entre la libertad estadounidense y la tiranía nazi, el Tren de la Libertad rápidamente quedó atrapado en la emergente lucha ideológica contra el comunismo. En 1947, unos meses antes de la inauguración del tren, el presidente Truman había comprometido a los Estados Unidos a contener el poder soviético en el mundo. Pronto el procurador general Tom C. Clark elogiaba el Tren de la Libertad como un medio para evitar que las "ideologías extranjeras" se infiltraran en Estados Unidos y para "ayudar al país en su guerra interna contra elementos subversivos". El FBI comenzó a recabar informes sobre aquellos que criticaban el tren o parecían poco entusiasmados con él. El Tren de la Libertad inauguró un período en que el lenguaje de la libertad bañó la política y la cultura estadounidenses. Al mismo tiempo, también reveló cómo la Guerra Fría estaba remodelando el significado de la libertad, identificándolo con el anticomunismo, la "libre empresa" y la defensa del status quo social y económico.

La historia del Tren de la Libertad es un episodio en mi libro, *La historia de la libertad en Estados Unidos*, que rastrea la idea de la libertad en los Estados Unidos de la Revolución hasta el presente. Comienzo con ella hoy porque revela en pequeña escala mi premisa principal: que, lejos de ser algo fijo, la definición de libertad es un objeto de conflictos persistentes en la historia de Estados Unidos. También señala las tres cuestiones principales sobre las que

han girado los debates en torno a la libertad: el *significado* o definición de la libertad, las *condiciones sociales* que la hacen posible, y sus *límites* -es decir, quiénes tienen derecho a disfrutar de ella-.

No hay idea más fundamental que la de libertad en el concepto que los estadounidenses tienen de sí mismos como individuos y como nación. Este término central en nuestro vocabulario político, *libertad*², está profundamente arraigado en nuestros documentos históricos y en el lenguaje de la vida cotidiana. La Declaración de Independencia menciona a la libertad entre los derechos inalienables de la humanidad; la Constitución anuncia como su propósito asegurar las bendiciones de la libertad. Los Estados Unidos lucharon la Guerra Civil para dar lugar a un nuevo nacimiento de la libertad, la Segunda Guerra Mundial por las Cuatro Libertades, la Guerra Fría para defender el Mundo Libre. A la guerra de Irak se le dio el título de "Operación Libertad Iraquí". El amor de los estadounidenses por la libertad ha sido embanderado en mástiles, gorras y estatuas de la libertad, y representado quemando estampillas y cartillas militares, huyendo de la esclavitud y movilizándose por el derecho a votar. Obviamente, otros pueblos también aprecian la libertad, pero la idea parece ocupar un lugar más relevante en el discurso público y privado en los Estados Unidos que en cualquier otro lugar. "En la calle, todo hombre, blanco, negro, rojo o amarillo", escribió el educador y estadista

²En el original en inglés el autor señala el uso casi indistinto de los términos *freedom* y *liberty*. Nota de la traductora.

Ralph Bunche en 1940, "sabe que esta es 'la tierra de los libres'... [y] la cuna de la libertad". Y, como han comprendido desde los abolicionistas hasta los conservadores actuales, "capturar" una palabra como *libertad* equivale a adquirir un lugar de fuerza formidable en los conflictos políticos.

Tal vez por su misma ubicuidad, la historia de lo que el historiador Carl Becker llamó esa "palabra mágica pero escurridiza" es una historia de debates, desacuerdos y luchas más que un conjunto de categorías atemporales o una evolución hacia una meta prefijada. Más que ver a la libertad como una categoría fija, la veo como lo que los filósofos llaman una "noción esencialmente disputada", que por su propia naturaleza es objeto de desacuerdo. Usar ese concepto presupone automáticamente un continuo diálogo con otros significados contrapuestos. Y los significados de la libertad se han construido no solo en los debates parlamentarios y tratados sobre política, sino en las plantaciones y piquetes, en los salones e incluso en los dormitorios.

Si la libertad ha sido un campo de batalla a lo largo de nuestra historia, también lo ha sido la definición de quiénes tienen derecho a disfrutar de ella. No es ninguna novedad señalar que los Estados Unidos, fundados sobre la premisa de que la libertad es un derecho de toda la humanidad, privaron abiertamente de libertad a mucha de su propia gente. Los esfuerzos para delimitar la libertad a lo largo de uno u otro eje de la existencia social han persistido en nuestra historia. Más aun, la libertad a menudo ha sido definida justamente por

sus límites. La libertad del amo descansaba en la existencia de la esclavitud, la muy celebrada autonomía de los hombres en la posición subordinada de las mujeres. Por lo mismo, ha sido a través de batallas en las fronteras -los esfuerzos de las minorías raciales, las mujeres, los trabajadores y otros grupos para asegurar la libertad según ellos la entendían -que el significado de la libertad se ha tanto profundizado como transformado, y que el concepto se extendió a terrenos para los cuales no fue originalmente pensado. Una y otra vez en nuestra historia, la definición de *libertad* se ha transformado por las demandas de los grupos excluidos de ser incluidos.

Estos temas se ven poderosamente ilustrados en el significado cambiante de la libertad durante el "Siglo Americano" -una frase acuñada por el destacado editor estadounidense Henry Luce durante la Segunda Guerra Mundial, pero cuya comprensión sobre la importancia de Estados Unidos en el mundo antecedió por mucho el pequeño libro de Luce. Por supuesto, los estadounidenses en el siglo XX eran herederos de las ideas de libertad forjadas en el siglo anterior y ciertamente durante la lucha por la independencia. La Revolución dio nacimiento a una definición de nación estadounidense y misión nacional que persiste hasta nuestros días, una idea estrechamente vinculada a la libertad, pues la nueva nación se definió como una encarnación singular de la libertad en un mundo invadido por la opresión. El destino de la libertad descansaba así en lo que Thomas Jefferson llamaría pronto «imperio de la libertad». El sentido de la singularidad de los Estados Unidos en tanto ejemplo para

el resto del mundo de la superioridad de las instituciones libres sigue vivo y coleando como parte central de nuestra cultura política.

Pero la Revolución también reveló una persistente contradicción interna de la libertad de Estados Unidos, al dar nacimiento a una república retóricamente basada en la libertad pero que descansaba económicamente en gran medida sobre la esclavitud. La esclavitud ayudó a definir las concepciones norteamericanas de la libertad en el período colonial y en el siglo XIX. Aun cuando los estadounidenses celebraban su libertad, la "comunidad imaginada" de esta república -es decir, quienes tenían derecho a disfrutar de las "bendiciones de la libertad" protegidas por la Constitución- fue definida por la raza. Según declaró la Corte Suprema en la sentencia Dred Scott, en la víspera de la Guerra Civil, ninguna persona negra podría ser nunca ciudadana estadounidense. Pero al mismo tiempo la lucha de los marginados -los abolicionistas, los esclavos y los libertos- revitalizó la noción de libertad como un derecho de nacimiento universal, un ideal verdaderamente humano. Los principios de la ciudadanía por derecho de nacimiento y la protección igualitaria de la ley sin importar la raza, que se convirtieron en elementos centrales de la libertad estadounidense, fueron productos de la lucha antiesclavista y la Guerra Civil.

Luego de décadas de polémicas en torno a la esclavitud, que de alguna manera habían ensuciado el sentido de una misión especial estadounidense de preservar y promover la libertad, la Guerra Civil y la emancipación

reforzaron la identificación de los Estados Unidos con el progreso de la libertad, vinculando esta misión como nunca antes con el poder del Estado nacional. En la década de 1880, al visitante británico James Bryce le sorprendió no solo el compromiso de los estadounidenses con la libertad, sino también la convicción de estos de que eran el "único pueblo" que verdaderamente disfrutaba de ella. Mientras Estados Unidos emergía como un imperio similar a los europeos luego de la Guerra Hispano-estadounidense de 1898, el tradicional excepcionalismo estadounidense prosperó, ligado cada vez más estrechamente a la idea de libertad debido al resultado de la Guerra Civil.

En el cambio de siglo, lo que he llamado sus condiciones sociales dominó las discusiones sobre la libertad. Los discípulos americanos de Herbert Spencer como William Graham Sumner argumentaron que la ley restringía por definición la libertad y que no era la política sino el libre mercado el verdadero dominio de la libertad. Sus críticos, en cambio, se preguntaron si podría existir una libertad significativa en una situación de desigualdad económica extrema. En el siglo XIX, la libertad económica había sido generalmente definida como autonomía, comprendida como propiedad de una granja, un taller artesanal, o un pequeño negocio. Cuando los reformistas plantearon enérgicamente la cuestión de la "libertad industrial" en los primeros años de este siglo, insistieron en que en una economía moderna la libertad económica no significaba tanto la independencia conferida por la propiedad productiva, sino más bien

la seguridad económica –un salario mínimo, el derecho a opinar en la dirección de una empresa, o un Estándar de Vida Estadounidense, frase que se volvió omnipresente en esos años. Asegurar una libertad económica así definida requería una intervención activa por parte del Estado.

Esta creencia logró una notable popularidad, especialmente durante la Primera Guerra Mundial y nuevamente en la década de 1930. Durante la guerra, cuando el gobierno de Wilson hablaba de volver al mundo un lugar seguro para la democracia, los empleadores temían que los trabajadores "tomaran la idea de la emancipación" demasiado literalmente. "Ha sido imposible luchar contra el kaiserismo en el extranjero sin cierta introspección en casa", escribió uno. La retórica de la democracia y la libertad utilizada para promover la Primera Guerra Mundial hizo eco entre los trabajadores que buscaban la "emancipación industrial" en casa.

Durante los años veinte, esta noción expansiva de libertad económica fue eclipsada por un resurgimiento de la ideología del *laissez-faire*. Pero en la década siguiente, Franklin Roosevelt trató de hacer de la palabra *libertad* un grito de batalla para el New Deal. Ya en 1934, Roosevelt, en su segunda "charla junto a la chimenea", yuxtaponía su propia definición de "libertad" como "mayor seguridad para el hombre promedio" a la noción más antigua de libertad de contrato, que servía a los intereses de "los pocos privilegiados". De aquí en adelante, Roosevelt vincularía constantemente la libertad con la seguridad

económica e identificaría a la arraigada desigualdad económica como su mayor enemiga. "La libertad de una democracia", declaró en 1938, no era segura si los ciudadanos no podían "sostener un nivel de vida aceptable".

Mientras Roosevelt invocaba la palabra para sostener el New Deal, la libertad -en su sentido anterior de un Estado limitado y economía del *laissez-faire*- se convirtió en el eslogan de combate de sus opositores. La principal crítica conservadora al New Deal fue que restringía la libertad estadounidense. Cuando en 1934 los empresarios y políticos conservadores formaron una organización para movilizarse contra el New Deal, la llamaron la *Liga de la Libertad Americana*. La lucha por la posesión del "ideal de libertad", según informó el *New York Times*, fue el tema central de la campaña presidencial de 1936. La oposición al New Deal plantó la semilla para el posterior florecimiento de un conservadurismo antiestatista empeñado en defender el libre mercado y el desmantelamiento del Estado de bienestar. Pero, como indicó la reelección aplastante de Roosevelt, en 1936 la mayoría de los estadounidenses aceptaban, por el momento, la opinión de que la libertad debía abarcar la seguridad económica, garantizada por el Estado.

Mientras que en el siglo XIX el enfrentamiento de Estados Unidos con el mundo exterior había sido más ideológico que material, el siglo XX vio emerger al país como un actor persistente y poderoso en la escena mundial. Y, en momentos clave de involucramiento en la política mundial, el

enfrentamiento con un antagonista extranjero afectaba sutilmente el significado de la libertad en los Estados Unidos. Uno de esos episodios fue la lucha contra la Alemania nazi, que no solo puso de relieve aspectos de la libertad estadounidense que anteriormente habían sido olvidados, sino que transformó de manera fundamental las percepciones de quiénes tenían derecho a disfrutar de las bendiciones de la libertad en los Estados Unidos. También dio origen a una poderosa retórica, la división del planeta entre un "mundo libre" y un mundo no libre, que sobreviviría mucho tiempo después de la derrota de Hitler.

Hoy en día, cuando se les pide que definan sus derechos como ciudadanos, los estadounidenses recurren instintivamente a los privilegios enumerados en la Declaración de Derechos de la Constitución, por ejemplo, la libertad de expresión, de prensa y de culto. Pero, durante muchas décadas, las defensas sociales y legales de la libre expresión fueron extremadamente frágiles en los Estados Unidos. Un amplio compromiso retórico con este ideal coexistía con estrictas restricciones al discurso juzgado como radical u obsceno. Los disidentes que sufrieron represión legal y extralegal, incluyendo abolicionistas de la Guerra Civil, organizadores de los trabajadores, socialistas de la época de la Primera Guerra Mundial y defensores del control de la natalidad, habían insistido durante mucho tiempo en la centralidad de la libertad de expresión para la libertad estadounidense. Pero recién hacia fines de la década de 1930 las definiciones

dominantes de la libertad dieron un lugar central a las libertades civiles. Recién en 1939 el Departamento de Justicia estableció una Unidad de Libertades Civiles. En 1941, el gobierno de Roosevelt celebró con gran fanfarria el sesquicentenario de la Declaración de Derechos (cuyo cincuentenario y centenario habían pasado prácticamente desapercibidos).

Había muchas causas para explicar este giro, incluyendo una nueva conciencia en los años treinta de las restricciones a la libertad de expresión que imponían quienes se oponían a la organización de los trabajadores. Pero lo que un investigador ha llamado el "descubrimiento" de la Declaración de Derechos en vísperas de la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial se debió mucho a una repugnancia ideológica contra el nazismo y a la invocación de la libertad como una forma de resumir las numerosas diferencias entre la política y la sociedad de Alemania y las de Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial, el contraejemplo nazi fue citado frecuentemente por los defensores de las libertades civiles en los Estados Unidos, entre ellos la Corte Suprema cuando revocó un precedente anterior para poder anular la condena a testigos de Jehová que se negaban a saludar la bandera de Estados Unidos. La libertad de expresión tomó su lugar como una de las "cuatro libertades humanas esenciales" -según la caracterización de los objetivos de guerra de los aliados reiterada sin fin por el presidente Roosevelt. No solo las Cuatro Libertades encarnaban la "diferencia crucial" entre los aliados y sus enemigos,

sino que, en el futuro, prometió Roosevelt, serían disfrutadas "en todas partes del mundo". Roosevelt actualizaba así la imagen de Estados Unidos instruyendo al resto de la humanidad en el disfrute de la libertad, que llevaba siglos de existencia.

Si la Segunda Guerra Mundial encarnó una transformación, en nombre de la libertad, de la relación del país con el resto del mundo, también redefinió la comprensión que los estadounidenses tenían de los límites internos de la libertad. La abolición de la esclavitud no había producido nada parecido a la justicia racial, excepto por un breve período después de la Guerra Civil, cuando los afroamericanos disfrutaron de igualdad ante la ley y sufragio masculino. Hacia el cambio de siglo, el sistema Jim Crow -un nuevo sistema de desigualdad que descansaba en la segregación, la privación de derechos, un mercado de trabajo rígidamente segmentado en términos raciales y la amenaza de linchamiento para quienes desafiaran el nuevo status quo- se estaba consolidando en el sur, con el consentimiento del resto de la nación. En esta época, no solo la cambiante condición de los negros, sino también las cambiantes fuentes de inmigración estimularon una creciente preocupación por la composición racial de la nación. De los tres millones y medio de inmigrantes que entraron a Estados Unidos en una década, más de la mitad salió de Italia y los Imperios ruso y austro-húngaro. Entre los estadounidenses nativos de clase media, estos acontecimientos inspiraron un abandono de la visión igualitarista de la ciudadanía generada por la Guerra Civil y el resurgimiento de las definiciones de la

libertad americana basadas en la raza. En 1900, el lenguaje de la "raza" -conflicto de raza, sentimiento de raza, problemas de raza- ocupaba un lugar central en el discurso público estadounidense, y los límites de la nacionalidad, ampliados después de la Guerra Civil, se contrajeron dramáticamente. La ley de inmigración de 1924, que prohibía toda inmigración desde Asia y restringía severamente la del sur y el este de Europa, reflejaba la renovada identificación entre nacionalismo, libertad y nociones de superioridad anglosajona.

La lucha contra la tiranía nazi y su teoría de una raza superior desacreditaron las ideas de desigualdad étnica y racial innatas y dieron nuevo ímpetu a la lucha largamente negada por la justicia racial al interior del país. Una definición pluralista de la sociedad estadounidense, en la que todos disfrutaran de igual modo de los beneficios de la libertad, había sido presentada de manera pionera en la década de 1930 por izquierdistas y liberales asociados con el Frente Popular. Durante la Segunda Guerra Mundial, esta se convirtió en la postura oficial del gobierno de Roosevelt. El gobierno utilizó conscientemente los medios de comunicación, incluyendo la radio y el cine, para popularizar una narración expandida de la historia americana que reconocía las contribuciones de los inmigrantes y los negros y para promover un nuevo paradigma de inclusión racial y étnica. Lo que distinguió a Estados Unidos de sus enemigos durante la guerra no fue simplemente la devoción a los ideales de las Cuatro Libertades sino la determinación de que los estadounidenses de todas las razas, religiones y orígenes

nacionales pudieran disfrutar de esta libertad en igual medida. El racismo era la filosofía del enemigo; el americanismo descansaba en la tolerancia y la igualdad para todos. Hacia el final de la guerra, la conciencia de los usos que se habían dado a las teorías de superioridad racial en Europa ayudó a sellar la condena al racismo, al menos en términos de respetabilidad intelectual, si no en su realidad social.

En términos retóricos, la Guerra Fría fue en muchos sentidos una continuación de las batallas de la Segunda Guerra Mundial. El discurso de un mundo claramente dividido en campos opuestos, uno que representaba la libertad y el otro su opuesto, se revitalizó en la lucha mundial contra el comunismo. Una vez más, Estados Unidos era el líder de una cruzada global por la libertad contra un antagonista demoníaco e impulsado por una ideología, y el excepcionalismo estadounidense sugería ahora una responsabilidad nacional de liderar las fuerzas del Mundo Libre para contener el poder soviético. Desde la Doctrina Truman hasta la década de 1960, todos los presidentes estadounidenses hablarían de una misión nacional para proteger la libertad en todo el mundo, incluso cuando las acciones estadounidenses, como en Irán y Guatemala en los años cincuenta y en Vietnam en los años sesenta, parecían poner en peligro la libertad en lugar de realzarla.

A medida que la Unión Soviética reemplazaba a Alemania como antítesis de la libertad, la libertad de vivir sin penurias - central en las Cuatro Libertades de la Segunda Guerra Mundial- se deslizó hacia el

fondo. Cualquier cosa defendida por Moscú era por definición lo opuesto a la libertad - no solo el gobierno de partido único, la supresión de la libertad de expresión y similares, sino cualquier cosa que pudiera asociarse a la palabra "socialista", como los planes de vivienda, el acceso universal a la salud, el pleno empleo y otras demandas que requerían una intervención fuerte y persistente del Estado en la economía. Si la libertad tenía un significado económico, ya no era la autonomía económica, como en el siglo XIX, ni la seguridad económica para el ciudadano medio, como la había definido Roosevelt, sino la "libre empresa" y la posibilidad de los consumidores de elegir entre una abundancia de bienes proporcionados por la moderna economía estadounidense. O, para decirlo en términos más precisos, el objetivo de Estados Unidos se convirtió en remodelar a Europa y en algún momento al mundo entero a imagen del capitalismo estadounidense moderno, en el que el aumento de la producción y el consumo masivo, y no la intervención del Estado con el objetivo de promover una mayor igualdad, constituirían la definición de la libertad económica.

El punto alto, o bajo, de esta equiparación entre libertad y consumismo vino en 1959 en el famoso "debate de cocina", un ícono de los Estados Unidos de la Guerra Fría. El discurso del vicepresidente Richard Nixon en la inauguración de una exposición de los Estados Unidos en Moscú, titulado *Lo que significa la libertad para nosotros*, no se centraba en las libertades políticas y civiles, sino en los 56 millones de automóviles del país y los montones de aparatos que

ahorraban trabajo. Señalando a un pequeño robot que barría el piso en una cocina suburbana que era la pieza central de la exposición, el vicepresidente comentó: "en Estados Unidos ni siquiera necesitas una esposa". A Krushev le quedaba decir que la libertad implicaba ideales políticos y un propósito nacional más amplio que el consumo. Pero al anunciar que la Unión Soviética superaría pronto a los Estados Unidos en la producción económica, Krushev de hecho dio por perdido el debate. Si el campo de batalla de la libertad era el mercado de consumo, el triunfo estadounidense era inevitable.

La glorificación de la libertad como característica esencial de la vida estadounidense en una lucha por el dominio global abrió la puerta para que otros aprovecharan el lenguaje de la libertad para sus propios fines. Lo más llamativo fue el movimiento por los derechos civiles, con sus paseos por la libertad, las escuelas de la libertad, las marchas de la libertad y su insistente grito de "libertad ya". El movimiento amplió enormemente el significado de la libertad. Cuando Martin Luther King Jr. terminó su gran oración en las escaleras del Lincoln Memorial con las palabras "libre al fin, libre al fin gracias a Dios todopoderoso, soy libre al fin", no se refería a sacarse al Estado de encima o a pagar impuestos bajos. La libertad para los negros significaba empoderamiento, igualdad, reconocimiento -como grupo y como individuos-. La idea de que la libertad implica la totalidad de las vidas de un pueblo ha sido central para el pensamiento negro, y también la de que siempre está incompleta. La mayoría de los

estadounidenses blancos creen que la libertad es algo que poseen, y que alguna fuerza externa está tratando de quitarles. La mayoría de los afroamericanos ven a la libertad no como una posesión que se defiende, sino como una meta a alcanzar.

De lo que el teórico político Nikolas Rose llama una "fórmula de poder", el movimiento negro volvió a hacer una "fórmula de resistencia", un grito de batalla de los desposeídos. Esto tuvo una fuerte influencia en la Nueva Izquierda y en los movimientos sociales que surgieron de ella, en los que la autodeterminación privada asumió una nueva importancia en las definiciones de libertad. La expansión de la libertad desde un conjunto de derechos públicos a una característica de la vida privada tenía muchos antecedentes en el pensamiento estadounidense (Jefferson, después de todo, había sustituido "la búsqueda de la felicidad" por "propiedad" en la tríada lockeana que abre la Declaración de Independencia). Pero la Nueva Izquierda fue el primer movimiento que elevó la libertad personal a credo político. El grito de lucha de los sesenta, "lo personal es político", impulsado con fuerza por el nuevo feminismo, anunció la extensión de las reivindicaciones de libertad a los ámbitos de la vida familiar, las relaciones sociales y sexuales y los roles de género. Y aunque el impulso político detrás de la libertad de los años sesenta se desvaneció hace mucho tiempo, la década cambió fundamentalmente el lenguaje de la libertad en toda la sociedad, identificándolo firmemente con el derecho de elegir no solo en el mercado de consumo sino en toda una gama de asuntos privados, desde

preferencia sexual hasta la vestimenta y hasta lo que ahora se llama simplemente "estilo de vida" personal.

Aunque la retórica de la Guerra Fría se alivió considerablemente en los años setenta, fue revitalizada por Ronald Reagan, que unificó en un todo coherente los elementos de la libertad de la Guerra Fría - el Estado limitado, la libre empresa y el anticomunismo- al servicio de una renovada insistencia en el excepcionalismo estadounidense.

Empleando conscientemente una retórica que resonaba desde hacía por lo menos dos siglos, Reagan proclamó que "por algún plan divino... un tipo especial de personas, personas que tenían un amor especial por la libertad" había sido elegido para asentarse en el continente norteamericano (esta narrativa, por supuesto, dejó a la población negra, cuyos antepasados llegaron encadenados, fuera de la historia estadounidense). Su excepcional historia imponía a la nación una misión excepcional: "somos el faro de la libertad para todo el mundo".

En la generación pasada, la idea de libertad, en otra época conectada con las luchas de grupos sociales desfavorecidos por mayores derechos dentro de la sociedad estadounidense, quedó asociada con las opiniones de políticos conservadores de uno u otro tipo. La constelación dominante de definiciones ha consistido en una serie de negaciones - se niegan el Estado, la responsabilidad social, las restricciones a la autodefinición individual y a la elección del consumidor, cualquier actividad que pueda interferir con la creación de un libre mercado de capital, recursos naturales y

trabajo. Después del colapso de la Unión Soviética y del fin del comunismo en Europa del Este, la ideología imperante del libre mercado global supuso que la vida económica de todos los países podía y debía ser remodelada a la imagen de Estados Unidos -esta es la versión más reciente de la autodefinición de la nación como modelo de libertad para el mundo entero. Pero últimamente esta definición ha sido cada vez más cuestionada, ya que otras definiciones de libertad arraigadas en la experiencia estadounidense -la libertad como seguridad económica e igualdad de oportunidades, por ejemplo- se han reavivado. La crisis financiera de 2008 y la recesión que siguió clavaron una estaca en el corazón del neoliberalismo, doctrina sostenida por los gobiernos de todo el mundo en los años noventa y los 2000, que consideraba al ejercicio ilimitado del libre mercado como esencia de la libertad. Esa doctrina produjo la peor crisis económica desde la Gran Depresión. Como un zombi, el neoliberalismo sigue caminando por la tierra. Pero su fracaso, uno esperaría, abre la puerta a que nuevos conceptos de la libertad ganen una amplia aceptación.

Los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 volvieron a situar la cuestión de la libertad en el primer plano del debate político estadounidense. La libertad surgió rápidamente como una explicación universal tanto para el propio ataque como para la guerra que siguió contra el "terrorismo". "La libertad misma está amenazada", anunció el presidente George W. Bush en su discurso al Congreso diez días después del 11 de septiembre. En

discursos posteriores, repitió este tópico. Por qué los terroristas atacaron a Estados Unidos, preguntaba reiteradamente. Su respuesta: "Porque amamos la libertad, por eso. Y ellos odian la libertad". Bush bautizó *Libertad Duradera* a la invasión de Afganistán y *Operación Libertad Iraquí* a la subsiguiente guerra en Irak (sin embargo, vale la pena señalar que mientras Osama Bin Laden, que planificó los ataques del 11 de septiembre, condenó a Estados Unidos por muchos motivos -la presencia de sus tropas en Arabia Saudita, patria espiritual del Islam, su política en Medio Oriente, etc.- nunca identificó a la libertad como causa de su guerra contra Estados Unidos).

Como en guerras pasadas, la invocación de la libertad se convirtió por un tiempo en un poderoso medio de reunir apoyo de la población para las operaciones militares. Pero los usos de Bush de la idea de la libertad se centraron en el combate militar. En 2002, el gobierno publicó la Estrategia de Seguridad Nacional, un documento que trataba asuntos militares y políticos globales. Lo interesante fue que no se abrió con una discusión sobre armamento o geopolítica, sino con un breve ensayo sobre la libertad. Definía a la libertad como democracia política, libertad de expresión, tolerancia religiosa y libre empresa. Estas, proclamaba, "son correctas y verdaderas para todas las personas, en toda sociedad". No había una idea de que otros pudieran haber pensado en la cuestión de la libertad y haber llegado a sus propias conclusiones. Además, el documento afirmaba que existía un "único modelo sustentable" de organización social en el que los individuos podían disfrutar de la libertad, el de los

Estados Unidos. He aquí un ejemplo notable de la antigua creencia estadounidense de que nuestro país ejemplifica la idea de la libertad y tiene la obligación de instruir a los pueblos de todo el mundo acerca de lo que es la libertad y cómo deben vivirla.

Durante los siete años de su presidencia que siguieron al 11 de septiembre, Bush invocó la idea de libertad con asombrosa regularidad. En su segundo discurso inaugural, en enero de 2005, trató de apuntalar el apoyo decreciente a la guerra de Irak invocando el ideal de libertad: "la supervivencia de la libertad en nuestra patria depende cada vez más del éxito de la libertad en otras tierras". En su primer discurso inaugural, antes del 11 de septiembre, Bush había usado las palabras "libertad" y "libre" siete veces³. En el segundo, aparecieron 49 veces en un discurso de diez minutos. Una y otra vez, Bush insistía en que Estados Unidos representaba el triunfo mundial de la libertad.

Surgieron preguntas en torno a la libertad tanto al interior del país como en el extranjero. Al igual que otras guerras, la aparentemente interminable "guerra contra el terror" plantea de nuevo el problema de equilibrar la seguridad y la libertad. Inmediatamente después del ataque, el Congreso se apresuró a aprobar la Ley Patriota de los Estados Unidos, un enorme proyecto de ley (de más de 300 páginas) que pocos diputados o senadores habían realmente leído al momento de votar. La Ley confería poderes sin precedentes a los

³En el original en inglés, *freedom, free y liberty*. Nota de la traductora.

organismos encargados de hacer cumplir la ley, incluyendo el poder de interceptar, espiar a los ciudadanos, abrir cartas, leer correo electrónico y obtener registros personales de terceros como universidades y bibliotecas sin el conocimiento del sospechoso.

En noviembre de 2001, el gobierno de Bush promulgó una orden ejecutiva que autorizaba la celebración de tribunales militares secretos para no ciudadanos acusados de haber ayudado al terrorismo y autorizó el uso de técnicas consideradas por el resto del mundo como tortura para obtener información de presuntos "combatientes enemigos". Cuando, inevitablemente, el conocimiento sobre el abuso a los prisioneros salió a la luz, minó la reputación internacional de los Estados Unidos.

Aun así, un gran número de estadounidenses aprobó las limitaciones del gobierno a la libertad después del 11 de septiembre. Esta reacción nos debe recordar cómo, en una atmósfera de miedo, la necesidad puede socavar el compromiso con la libertad. También demuestra que una fuerte protección para las libertades civiles no es una característica permanente o inherente de la sociedad estadounidense sino un reciente y todavía frágil logro histórico. En cualquier país, las libertades civiles ni se imponen ni se corrigen solas. Las políticas del gobierno de Bush evocan episodios anteriores -las Leyes de Extranjería y Sedición de 1798, la represión masiva a los opositores durante la Primera Guerra Mundial, el confinamiento de japoneses-estadounidenses durante la

Segunda Guerra Mundial- que nos recuerdan los peligros de estigmatizar a creencias impopulares o a grupos particulares de estadounidenses como antipatrióticos y por lo tanto indignos de las protecciones constitucionales.

Durante el gobierno de Bush, la Corte Suprema tomó medidas para proteger las libertades de grupos poco populares de estadounidenses, incluso cuando el presidente trató de restringirlas. En una serie de sentencias, la Corte reafirmó el imperio de la ley, tanto para los ciudadanos estadounidenses como para los extranjeros detenidos por los Estados Unidos. También expandió la idea de la libertad hacia nuevos terrenos. Hubo un veredicto importante en 2015 que no tuvo nada que ver con la guerra contra el terrorismo, pero que de todos modos afirmó un punto básico: que la libertad es una idea cuyo significado está constantemente abierto al debate y a la expansión. Este veredicto exigía que los estados permitieran el matrimonio homosexual. El juez Anthony Kennedy reafirmó la idea de que la Constitución de Estados Unidos es un documento vivo cuyas protecciones aumentan a medida que la sociedad cambia. "Nuevas dimensiones de la libertad se hacen evidentes para las nuevas generaciones", escribió, "a menudo a través de perspectivas que comienzan como protestas... las generaciones que escribieron y ratificaron la Declaración de Derechos y la Decimocuarta Enmienda no suponían conocer el alcance de la libertad en todas sus dimensiones... Cuando nuevas percepciones revelan la contradicción entre las protecciones centrales de la

Constitución y una estructura legal heredada, se debe atender a una demanda de libertad”.

Para las elecciones presidenciales de 2008, por supuesto, la guerra en Irak se había vuelto extremadamente impopular en los Estados Unidos y la economía era un caos. El índice de aprobación del presidente Bush estaba entre el 20 y 25 por ciento, el nivel más bajo desde que comenzaron las encuestas de opinión pública. Lo que fue sorprendente en la campaña de ese año fue que ni el candidato republicano John McCain ni el demócrata Barack Obama usaron la palabra *libertad* muy a menudo. Esto fue notable en un país en el que todos los movimientos políticos han intentado asociarse con el ideal de la libertad. Quizás los desastres del gobierno de Bush y su incesante uso de la "libertad" para justificar sus políticas erróneas realmente hubieran desacreditado la palabra.

Por supuesto, el resultado más impresionante de las elecciones de 2008 fue la elección del primer presidente negro del país, un indicador de cómo la revolución de los derechos civiles de los años sesenta había cambiado la sociedad estadounidense. En 2012, Obama fue reelegido con una fuerte mayoría. Es interesante que, durante su presidencia, Obama no habló muy seguido de la libertad (las excepciones se daban sobre todo cuando intentaba reunir apoyo para enviar más soldados a la guerra que continuaba en Afganistán). Obama prefería invocar los ideales de comunidad, igualdad y fraternidad, en lugar de libertad. En su discurso inaugural, en enero de 2009,

Obama usó la palabra "libertad" solo cuatro veces. En cambio, desafió directamente a la cultura de "codicia e irresponsabilidad" que, en nombre de la libertad, había prevalecido en los Estados Unidos durante las últimas tres décadas. También prometió que la relación del país con el resto del mundo se basaría más en el diálogo y la diplomacia que en tratar de imponer las ideas estadounidenses sobre la libertad en todo el planeta.

La presidencia de Obama ha tenido muchos logros, como rescatar al país de la profunda crisis financiera que comenzó en 2008 y extender el seguro de salud a millones de estadounidenses que antes carecían de él. Pero la presencia de un hombre negro en la Casa Blanca, junto con la creciente diversidad de la sociedad estadounidense gracias a la inmigración de América Latina y Asia, provocó entre algunos estadounidenses blancos oscuros miedos de que la nación en la que estaban acostumbrados a vivir estuviera desapareciendo. En 2016, Donald Trump, un hombre de negocios sin experiencia política, sacudió al país y al mundo al apoderarse de la candidatura presidencial del partido republicano y luego derrotar a la ex secretaria de Estado Hillary Clinton en las elecciones. La campaña de Trump jugó con el resentimiento racial, junto con una sensación generalizada de que la recuperación de la recesión no había llegado a millones de estadounidenses comunes y corrientes, especialmente en las comunidades industriales en declive. Al igual que Obama, Trump no habló mucho de la libertad: prefirió invocar el poder militar y económico y rechazó específicamente la

idea de que los Estados Unidos debieran rehacer a otros países a su propia imagen, o siquiera prestar atención a lo que hacían en términos de derechos humanos. Hablaba de poner a "Estados Unidos en primer lugar": el interés nacional, no la devoción a la libertad, serían el sello distintivo de sus políticas en el país y en el extranjero.

La visión política de Trump tenía un fuerte componente racial. Condenó a los inmigrantes mexicanos como asesinos y violadores y galvanizó a sus partidarios prometiendo construir un muro a lo largo de la larga frontera con México para impedir a la gente ingresar al país sin papeles. Ya había concitado atención en la esfera política al liderar una campaña que acusaba al presidente Obama de no ser un verdadero ciudadano estadounidense, ya que había nacido en África (en realidad, el lugar de nacimiento de Obama era Hawái). Esta acusación hacía eco de una definición racializada de la libertad. Volvía a apelar a una idea común en los días de la esclavitud y abrazada por la Corte Suprema en el veredicto de Dred Scott, pero aparentemente abandonada en los últimos años, de que los negros eran extranjeros, que no podían ser nunca verdaderos estadounidenses. La campaña de Trump apeló a otra idea que ha estado presente durante mucho tiempo en la cultura estadounidense: que la expansión de los derechos de los no blancos constituye una amenaza para la libertad de los estadounidenses blancos. Queda por ver cómo las ideas de Trump se desarrollarán durante el curso de su presidencia. Pero su elección demostró una vez más que las

libertades que tanto ha costado ganar nunca pueden darse por sentadas. Y ha envalentonado y empoderado a grupos como los supremacistas blancos declarados y los neonazis. En los últimos tiempos, esas organizaciones estaban confinadas a los márgenes de la vida estadounidense. Ahora tienen en la Casa Blanca, sino un aliado activo, al menos un presidente que hace eco de su lenguaje, apela a sus votos y perdona su violencia.

Estas tendencias contrapuestas en torno a la idea de libertad están en la base de las controversias que ahora estallan en los Estados Unidos sobre el destino de las innumerables estatuas y monumentos a la Confederación que adornan el paisaje del sur (y que también tienen contrapartes en algunos lugares del norte). Ambos bandos en la Guerra Civil afirmaban estar luchando por la libertad, aunque, como Abraham Lincoln señaló, la idea sureña de libertad incluía el derecho a mantener a otras personas como esclavos. Actualmente, los historiadores están de acuerdo en que el intenso desacuerdo sobre el futuro de la esclavitud fue la causa fundamental de la Guerra Civil y la emancipación su resultado más profundo. En la era de la Reconstrucción, inmediatamente después de la guerra, la igualdad civil y política se extendió a los antiguos esclavos y Estados Unidos se convirtió por primera vez en una democracia interracial. Lamentablemente, la Reconstrucción fracasó, en parte debido a una campaña violenta por parte del Ku Klux Klan y organizaciones terroristas similares. A finales del siglo XIX, como ya he mencionado, se estableció un nuevo sistema

de desigualdad racial en el sur, con la conformidad del resto del país. A medida que avanzó la reconciliación entre los blancos, se arraigó una nueva visión de la Guerra Civil. Se entendía que ambas partes habían luchado valientemente por causas nobles: la unión en el caso del norte, el autogobierno local en el caso del sur. A la esclavitud se le dio un lugar marginal dentro del conflicto o simplemente se la ignoró. Fue en este período -de 1890 a 1920- en que se erigió la primera oleada de monumentos a la Confederación. Eran símbolos de la supremacía blanca, y nos dicen tanto sobre la sociedad que los construyó como sobre el período y los individuos a los que conmemoraban.

La segunda oleada de erección de monumentos vino en los años cincuenta, con la emergencia del movimiento de los derechos civiles. Los estados del sur comenzaron a ondear la bandera de la Confederación en espacios públicos y erigieron aún más monumentos. Una vez más, esto reflejaba preocupaciones contemporáneas: era un mensaje para los negros sureños acerca de quiénes tenían el poder en la sociedad, y una proclamación de resistencia a los derechos civiles.

Parece raro que una nación que se enorgullece de ser un imperio de la libertad celebre una gesta militar que buscaba preservar la esclavitud. Sin embargo, lo que quiero enfatizar en la polémica actual no es si estos monumentos deben permanecer o no, sino la completa ausencia de conmemoración pública a otras partes de la historia del sur, especialmente a la larga lucha contra la esclavitud y al esfuerzo de

crear una sociedad justa durante la Reconstrucción. Casi no hay estatuas de dirigentes políticos negros en el sur, ni de blancos sureños que promovieron la abolición de la esclavitud. Lo que quiero señalar es que, en su conjunto, la presentación pública de la historia es unilateral e incompleta. Personalmente, me interesa más diversificar los monumentos públicos que debatir cuáles deberían ser derribados. Pero para que esto suceda los estadounidenses tendrían que aceptar que la esclavitud es un elemento tan crucial en nuestra historia como la libertad, que los negros han estado durante mucho tiempo excluidos del pleno disfrute de la libertad estadounidense, y que la desigualdad racial continúa hasta nuestros días. Para un pueblo acostumbrado a pensar en sí mismo como la encarnación de la libertad para el mundo entero, estas serán ideas difíciles de reconocer.

Hoy en día, el futuro de la libertad estadounidense está tan en disputa como siempre. Como en varios momentos del pasado, muchos estadounidenses siguen creyendo que las políticas e instituciones de nuestro país son universales, es decir, que representan un modelo que otras naciones deben emular. No hay nada malo en que un país aprenda de las experiencias de otro. Pero ese aprendizaje debe funcionar en los dos sentidos. Thomas Jefferson incluyó en la Declaración de Independencia de Estados Unidos la necesidad de demostrar "un respeto decente a las opiniones de la humanidad". Hoy en día, es más importante que nunca que las discusiones acerca de la libertad sean una evaluación franca de las fortalezas y debilidades de nuestra propia

sociedad -y no simplemente un ejercicio de auto-adulación-, y una conversación con el mundo entero -no un diálogo complaciente con nosotros mismos.

Huellas de Estados Unidos quiere agradecer muy especialmente al Doctor Eric Foner por permitirnos publicar su Conferencia.

Asimismo, deseamos expresar nuestro agradecimiento a la Licenciada Mariana Katz, por el impecable trabajo de traducción al español.